

La Angustia y el Malestar en nuestra Epoca

Diana Chorne y Mario Goldenberg

Propongo hacer un breve recorrido que nos permita plantear ciertas cuestiones que, casi de modo ficcional, podríamos llamar *de nuestra época*.

Creo que todos recordamos un libro que estaba supuestamente destinado a constituirse en un hito fundamental. Su autor fue Francis Fukuyama y ese texto sobre “El fin de la Historia” apareció en el momento en que la guerra fría terminaba entre los escombros del muro de Berlín. Digamos que no era un fin de la historia en medio de un bienestar generalizado (como había ocurrido con lo que predicaron publicaciones similares de la década del sesenta) pero así eran las cosas y, Fukuyama *dixit*, convenía ser realistas y advertir que se trataba efectivamente de un punto de llegada. Los años 90 iban a encargarse de desmentirlo y de mostrar que la realidad podía resultar todavía peor. Muchas amenazas y presagios pasaron a cumplirse (y se siguen cumpliendo), los hombres se revelaron capaces de producir desastres, tanto o más graves que los naturales y hoy son pocos los que dudan de que, en efecto, haya armas que se inventen para no ser usadas.

Ni terminó la historia ni tampoco, según parece, el psicoanálisis. Y esto último a pesar de los recurrentes augurios acerca de su reemplazo definitivo por los nuevos neuroquímicos y los descubrimientos genéticos y sus localizaciones en el cerebro.

Sucede, sí, que desde el Psicoanálisis asistimos a la formulación de nuevas formas del síntoma, a modalidades de padecimiento y a intentos de consuelo que o no habíamos conocido o que nunca antes habían alcanzado sus actuales dimensiones. Lo notable es que tales intentos (las drogas y otras adicciones) tienen un común denominador: el consumo y, desde luego, el consumidor.

Si decidimos darle importancia a esta palabra es porque lentamente y casi sin darnos cuenta el llamado modelo del primer mundo, ha ido transformando a

los ciudadanos en consumidores. Desde ahí hasta la crisis actual que es pura amenaza no podemos dejar de preguntarnos por las consecuencias que han generado estos cambios que se combinan con las formas de la subjetividad, como son la progresiva falta de autoridad, la caída de los ideales, los mecanismos que fuerzan el “empuje al goce” y que, en las situaciones de exclusión social, provocan la vivencia de “lo poco o nada” que vale la vida.

¿Es este mundo pleno de amenazas el que desencadena cada vez mayores epidemias de depresión y de angustia? No parece aventurado responder afirmativamente. Es más: no por casualidad recuerdo últimamente con una cierta insistencia la manera en que Lacan define en Encore a la valentía, precisamente como la capacidad de soportar este mundo.

Cada vez con mayor frecuencia, el motivo de consulta de los pacientes se relaciona a lo perdido o a la emergencia de angustias incontrolables, que han pasado a llamarse *panic attacks*. Nuevos medicamentos, nuevas patologías y nuevos nombres para lo que se supone que son “nuevas enfermedades”.

Es por eso que entendemos oportuno y relevante realizar un breve recorrido a través de las conceptualizaciones de Lacan sobre la *angustia*, buscando las buenas palabras que nos ayuden y estimulen a articular mejor a esta última con los múltiples y difíciles fenómenos que nos plantea la vida contemporánea.

“Mi tesis es que la única garantía está en lo real”, este eje permite a Lacan considerar a la *angustia* como la más patente señal del encuentro con el objeto a y su única traducción subjetiva.

Cuando Lacan sostiene que la angustia es el único afecto que no engaña, hay que preguntarse con respecto a qué no engaña y me parece clara su respuesta, no engaña con respecto al encuentro con lo real. Lacan atraviesa el límite freudiano de la castración y pasa a decir que el objeto a tiene diferentes

presentaciones, Puede aparecer como objeto causa del deseo pero también puede aparecer “como deyecto, como lo arrojado al perro, a la basura”.

A partir de Subversión, el campo de realidad del fantasma va a articular enunciado y enunciación en una banda de Moebius (espacio de realidad del fantasma) sobre la que se van a producir los cortes.

Un salto ahora, en R.S.I añade que el nudo Borromeo es una escritura. Subraya la triada freudiana: Inhibición, Síntoma y Angustia y se pregunta ¿qué es la angustia? Y dice que es lo que del interior del cuerpo ex-iste cuando “algo” lo despierta.

La angustia parte de lo Real y se produce cuando hay recubrimiento de lo imaginario por lo Real y es por esto que la angustia tiene una relación estrecha con el goce.

A partir de R.S.I, la angustia, no es sólo encuentro con lo Real, ahora queda situada en la apertura de lo Real en su avance sobre lo imaginario con las siguientes consecuencias:

1-El objeto a en su función plus de gozar, no está enmarcado ni por el goce fálico, ni por el Goce del Otro, que ya no funcionan como tope.

2- el sentido quedará por fuera, en una relación inversa: a mayor angustia menor sentido: aumentar el sentido no reduce la angustia.

3- Lo imaginario se reduce a una función de frontera al ubicarse en una relación de vecindad, en cada uno de sus bordes: con la angustia y con el falo.

4- Esto conduce a que entendamos que la angustia es también una cuestión de cuerpo, en relación al falo, se presenta como fuera del cuerpo.

5- En el Seminario El Momento de Concluir establece que la relación entre los tres nudos R.S.I está en la preeminencia del tejido es decir : las cosas.

Queda en nosotros, analistas, revisar cuidadosamente, a la luz de las nuevas patologías, trabajar con la precisión que corresponde, las articulaciones de Lacan en relación a la angustia y los nuevos aportes de, J.A Miller, y Eric Laurent el entramado riguroso que exige la clínica iluminada por las cuestiones que nos planteamos en relación al lazo social.

En la época de la pantalla global como dice Lipovestky, del reino de los semblantes, la angustia como señal de lo real, es lo que permita orientar el síntoma, como bien la ubica Freud, motor de la defensa.